

COCHAMBRE, VIDA URBANA Y
“AFRESAMIENTO”. REFLEXIONES
ACERCA DEL RESCATE DE ALGUNOS CENTROS
HISTÓRICOS Y SU RELACIÓN CON
LA NOCIÓN DE PATRIMONIO CULTURAL

LUIS FERNANDO GRANADOS ¹



¹ Luis Fernando Granados, historiador, es profesor de tiempo completo de la Universidad Iberoamericana.

Los puntos de vista que a continuación expreso son resultado de un cierto conocimiento de la historia de la capital mexicana, sobre todo entre los siglos XVI y XIX, así como de un gran interés por los debates recientes acerca de la función y el futuro del patrimonio cultural. Y son también consecuencia de haber experimentado, a lo largo de una quincena de años, los efectos de dos oleadas de "rescate" en la parte norte de la antigua ciudad española. Por tanto, esta breve presentación busca ofrecer algunas reflexiones sobre el rescate integral del Centro Histórico de la Ciudad de México a partir de tres perspectivas diferentes aunque complementarias: la historia urbana, la teoría patrimonialista y la experiencia individual. Su objetivo último, con todo, es contribuir a la discusión pública —no nada más académica— acerca del presente y el futuro de las ciudades "históricas".

Vivo en un edificio construido en los años cuarenta del siglo XX, a un par de cuadras de la plaza de Santo Domingo, más o menos donde comienza un singular corredor comercial dedicado a la fabricación y venta de vestidos de novia y atuendos de quinceañeras. Hasta hace un par de meses, se encontraba más allá del perímetro que, desde principios del siglo XXI, ha sido objeto de una serie de acciones de rescate cuyo propósito aparente es detener el deterioro de la infraestructura urbana de la antigua ciudad española, repoblar una región que no ha dejado de expulsar habitantes desde mediados del siglo XX, renovar su vida social, y consolidarlo como destino turístico. (Con la nueva línea del metrobús, sin embargo, puede que la calle de Cuba por fin se integre al área objeto de reformas.)

Como en otros rincones de la antigua ciudad española —o sea el espacio comprendido por la llamada traza del siglo XVI—, la vida de los advenedizos en mi pequeño barrio está definida por una paradoja acaso irresoluble: nos instalamos ahí atraídos por un espacio rico en

connotaciones históricas, con nuestra presencia contribuimos a modificar su perfil sociológico (pues nuestro nivel de escolaridad e ingresos es mucho más elevado que el promedio secular de la zona), pero ello resulta en una experiencia urbana asaz difícil dado que —supongo que inevitablemente— tenemos expectativas de vida y socialización que se ven cotidianamente frustradas: estacionarse es imposible, el ruido es incesante, la basura se acumula por todas partes, el hedor de ciertos zaguanes es vomitivo, los teporochos no terminan de irse, el único sitio donde puede comprarse queso *camambert* está en el mercado de San Juan. Etcétera, etcétera. (Para algo más serio acerca de las tensiones entre los nuevos habitantes del centro de la Ciudad de México y su entorno social y espacial, véanse los trabajos de Alejandra Leal² y de Jerónimo Díaz.³)

Implícita en nuestras quejas —ojalá el centro fuera como lo imaginamos: más limpio y armónico, con más cafés que nos recuerden Sevilla o Montpellier— hay no sólo una profunda contradicción cultural sino un eco de lo que parece ser el problema general de los procesos de *afresamiento* urbano (que es lo que, digo yo, en inglés se llama *gentrification*): a saber, la aparente imposibilidad de preservar espacios dotados de valor histórico y cultural al mismo tiempo que se protege la experiencia y vida cotidianas de quienes los habitan y quienes, en razón de su ignorancia y pobreza, contribuyen decisivamente a su deterioro. Aunque no puede expresarse con claridad, parecería que la única manera de remozar y revitalizar una comarca urbana es la expulsión de todos aquellos habitantes sucios, ruidosos, “incultos” —y casualmente más bien prietos— que no pueden apreciar y comprometerse con la preservación de tan bonitos edificios de la época colonial.

Me parece que lo que permite pensar en esos términos es la confluencia de dos corrientes de pensamiento: por una parte el acendrado clasismo de una parte de la sociedad mexicana y, por la otra, una idea más bien fetichista de lo que constituye el patrimonio arquitectónico y cultural. Aquél nos invita a sentir repugnancia por vidas que transcurren entre ratas, discos piratas, tacos de longaniza y estatuillas de San Judas Tadeo. Ésta nos hermana con varias generaciones de estudiosos y defensores de la Ciudad de México —pienso por ejemplo en Manuel

²Véase Alejandra Leal Martínez (2007). “Peligro, proximidad y diferencia: negociar fronteras en el Centro Histórico de la Ciudad de México”, en *Alteridades*, 17, 27-38. México:UAM.

³ Véase Jerónimo Díaz, (2012). “¿Gentrificación? Un acercamiento teórico”, en *Mapa al aire*, <http://mapaal aire.agenciasubversiones.org/2010/08/02/gentrificacion-un-acercamiento-teorico/>.

Toussaint, Francisco de la Maza y Guillermo Tovar y de Teresa—, que dedicaron obras por lo demás notables a documentar y denunciar el deterioro de edificios y espacios públicos casi todos construidos en la época colonial. Escrupulosa y casi siempre académicamente correcta, la crítica de las muchas destrucciones ocurridas en el siglo xx parece además, con frecuencia, un lamento antimodernista, una expresión de nostalgia por el pasado colonial; por ello no es sorprendente que quienes participaron y participan de esa tradición sean a menudo tildados de "hispanistas".

Como ocurre a menudo con los epítetos empleados en la vida político-académica, el cargo revela más del sectarismo de los acusadores que de la identidad de los acusados. Con todo, lo peor de ese modo de entender la defensa del patrimonio es el hecho de que orienta el debate hacia un callejón conceptual sin salida; es decir, que construye una dicotomía irreconciliable entre el presente y los distintos pasados del país (como la que Pablo Escalante retrató en la introducción del volumen 2 de *Patrimonio cultural de México*). El problema no es que a uno le preocupe el deterioro de éste o aquel edificio, que encuentre más agradable la arquitectura barroca que la vigesímica, o que en el fondo le guste más el siglo xvii que el siglo xxi. El problema es la noción de cultura, y por ello de *patrimonio*, que sustenta toda la argumentación. Hija de un debate en lengua alemana del que no tiene caso hablar ahora, la *cultura* sobre la que se ha construido el *patrimonio* es una idea esencialmente pre-antropológica y eso quiere decir que todavía iguala cultura con producción artística y que distingue entre "alta" y "baja" cultura. Más todavía, es una idea de *cultura* eminentemente encarnada; esto es, que gravita en torno de objetos o artefactos que se supone condensan las ideas o el espíritu de un pueblo.

Gracias a la antropología hoy sabemos que esto no es así. O más bien sabemos que *cultura* es algo más que los objetos que la representan y, así, que importa tanto o más comprender las prácticas y los sistemas de significación de un grupo humano como los artefactos de los que éste se sirve para actualizar esa significación. Dicho de otra forma, la antropología nos ha permitido comprender que los artefactos son indicios, marcas, evidencia de una cultura pero no la cultura misma, y también —por lo

tanto— que la cultura no es ni puede ser una construcción estática. De ahí se infiere fácilmente que cualquier intento por proteger o preservar o cuidar una cultura no puede limitarse a proteger o preservar o cuidar los efectos materiales de una cultura, y que tanto los artefactos como las prácticas y las ideas que le dan sentido son fenómenos históricos, sujetos a la inevitable transformación que ocurre con el paso del tiempo.

Estudiar las transformaciones de la cultura de la Ciudad de México con cierta sensibilidad antropológica es un ejercicio que permite, que me ha permitido, abandonar un poco el esencialismo que con frecuencia —todavía— distorsiona la mirada de las historiadoras. Así, por ejemplo, en lugar de imaginar indios “resistentes”, o como heraldos del mestizaje que supuestamente caracteriza al México de hoy, en mi trabajo de investigación he preferido conceptualizar a los indios que habitaban la Ciudad de México a fines del siglo XVIII como *cosmopolitas*, o sea como sujetos históricos libres y creativos, que lo mismo eran capaces de entender de manera típicamente mesoamericana sus espacios y comunidades que vestirse “a la española”, hablar castellano y devorar cantidades ingentes de pan de trigo y carne de res.

Creo que algo semejante puede hacerse con los espacios de la antigua ciudad española que hoy quieren ser objeto de *afresamiento* urbanístico y social. En concreto, eso supondría reconocer que, del mismo modo que Nueva York o París, el casco viejo de la Ciudad de México no tiene por qué limpiarse de vendedores ambulantes, u ofrecer calles impolutas, para recuperar su dignidad como espacio urbano. Si el patrimonio cultural ya no son las piedras sino la gente que las construye, las habita y —ni modo— también las ensucia, entonces los problemas de conservación de los centros urbanos tienen también que ser otros. Así también podrían remediarse las consecuencias, acaso inevitables, que han provocado las políticas de renovación asociadas al *afresamiento*. Lo que importa de un centro histórico ya no puede ser nada más la preservación de los viejos edificios y la limpieza de sus calles; ya no puede imaginarse cómo la expulsión de los indeseables que afean un paisaje sólo digno de turistas.

En tanto que expresión de cultura viva —y por ello contradictoria—, el centro es también sus prostitutas y sus inmensas pilas de basura, la falta de rejillas antigrasa y el estruendo de esos muchachos de

rostro amenazante que surcan sus calles en motoneta, quien sabe si como sicarios de un cartel todavía sin nombre o como agentes logísticos de las mafias de comerciantes callejeros. No quiero, sin embargo, idealizar la pestilencia y el escándalo, los baches y la inseguridad, que todavía imperan en mi barrio. Digo sólo que no me gustaría que el centro de la Ciudad de México se convierta un día en un museo: petrificado, hostil, separado de la vida. A mí, al menos, me encantaría tocar algunas de las piezas que pueblan éste, imponentes y heladas como son, para ver si de ese modo consigo emular la experiencia y el disfrute sensoriales que me produce recorrer las calles que unen San Sebastián con Santa María la Redonda por más que a veces el abandono de algunos de sus edificios, la suciedad de sus banquetas y la facha tenebrosa de sus habitantes me haga añorar el confort asfixiante de la colonia del Valle.